

15 M: el pie de la letra

Esteban Pujals Gesalí

Hacia un ruido. Frases para un film político
María Salgado
Valencia, Contrabando, 2016



SE HA DICHO a veces que, cuando algo pasa, el historiador se lo pierde, que cómo va a tener la atención puesta en la urgencia de lo que sucede si está siempre cargando la estilográfica y mirando por que sus párrafos presenten esa elegante construcción trimembre sin la que nadie los reconocería como la Historia. A la poesía le pasa algo muy parecido; está el poeta tan preocupado porque su poema se parezca a la poesía, que ya ocurrió lo que iba a haber sido un poema para cuando el vate ha logrado reunir la imagen y la paronomasia y la asonancia y la alusión en su verso libre y atribulado. ¿Libre de qué?, se dirá el lector, que esperaba el agua fresca y la sorpresa cantarina, las aristas más vivas del hablar perplejo ante el espejo. Y es que la poesía es la historia por otros medios, registro de lo que pasa, sí, pero de lo que se le pasa por la cabeza a alguien, de lo que a cualquiera se le ocurre al oír las barbaridades que ahora mismo están saliendo en la tele o sonando por el altavoz.

Hacía tanto tiempo que no se componía un poema épico en castellano, esto es, en español peninsular, que se nos antojaba imposible, obsoleto, medieval. Un poema que le hiciera justicia a su tiempo, que quienes hubieran vivido ese tiempo con urgencia y lo leyeran se reconocieran en sus palabras y encontraran su aire, su fraseo, no ya cierto, sino *acertado*, exacto. Y el último lustro, o mejor, quinquenio, bien se lo merecía. No está aún claro cuáles han de ser sus frutos (¿no suena *quinquenio* a fruta?), pues esta fase de nuestra vida colectiva está todavía abierta y abrumada de interrogaciones, ya veremos en qué queda. Pero mirando atrás hacia ese tiempo recién pintado es innegable que lo que nos ha pasado por encima (o por debajo, pues nos hemos figurado a veces que lo cabalgábamos, o que lo *surfeábamos*) a lo que más se parece, en efecto, es a un ciclón. El emblema mismo que preside soberanamente *Hacia un ruido* y lo contiene y organiza («...venía de lejos, como de Portugal...») no puede ser más atinado, pues se nos venía confundiendo el tiempo histórico con la meteorología y habíamos acabado creyendo que vivíamos en perpetuo anticiclón. «Caer» en que era este el momento del retorno de la épica y tomar la decisión

de componer la obra *en directo*, como corresponde a nuestros hábitos de ahora, no ha debido de ser ni fácil ni instantáneo, más bien algún tipo de proceso, aunque ese tiempo haya sido un tiempo a mil por hora y discontinuo, plagado de interrupciones y de olvidos.

María Salgado no es en modo alguno una principiante. En *Ferías* (2006), *31 poemas* (2009) y *Ready* (2011), su tarea de escritura apuntaba a eso de hablar de la cosa con las palabras de la cosa, que es, para muchos poetas, en lo que consiste escribir poesía desde W. C. Williams. Pero con *Hacia un ruido*, el juego de Salgado hace saltar la banca por los aires y todo se vuelve hiperrealista, literal. Ahora bien, literal-reventado, bien estallado en añicos, como en un cuadro futurista, que cada cosa tiene sus palabras propias, como viene cada cosa «de lejos, como de Portugal».

Si en un sentido *Hacia un ruido* evoca el recuerdo del canto épico ancestral para enfocar y fijar ese pasado reciente que es su asunto, para darle forma y nombre y rendirle homenaje, mucho más evidente y llamativa resulta sin duda la radical *novedad* de este poema: nada hay en la lengua, nada en la poesía española, ni remota ni reciente, con lo que se lo pueda comparar. Cien años de vigencia internacional del *collage* como sintaxis, noventa en poesía, han tenido que transcurrir para que alguien se atreviera en nuestros pagos a componer con lengua y no con versos, para desmarcarse del fielato de gurús y antólogos de tres generaciones e imaginar libertades visionarias allende el pusilánime horizonte del llamado verso libre. Ciertamente es que hubo al menos dos gloriosos precedentes, Isidoro Valcárcel Medina y Rogelio López Cuenca, poetas fugitivos, cada cual por su camino, hacia las artes plásticas, mucho más hospitalarias y receptivas que nuestro pacato y erizado santuario de la poesía.

Si la prevención de nuestra poesía oficial contra lo que no sea el verso libre obligatorio se debe a una preocupación fervorosa y atenta por el orden y la inteligibilidad de las obras de arte verbal, convendrá tranquilizar a sus guardianes insistiendo, como Mallarmé en el prefacio a *Un coup de dés*, en la devoción de la autora de *Hacia un ruido* por la claridad y la tradición, de la que es evidente seguidora, a su manera, claro está. En efecto, bajo una superficie verbal paratáctica y descoyuntada que a un mismo tiempo evoca



el deshacerse de lo que fue normalidad y conjura la presencia tentativa y maleable de lo que habrá de ocupar su sitio, esta memorable nueva entrega de Salgado indaga insólitos modos de la lírica, del sujeto que, además de hablar, oye, lee y transcribe, o más bien graba y, sobre todo, sondea el mar de ambivalencias y continuidades que llena el espacio entre el nosotros y el yo.

Se diría que en este poema hecho de mundo, o de sus desechos más bien, todo cabe, habla, verso, prosa, titular de prensa, letrota de pancarta, o gemido asustado de su propio candor. Interesan aquí especialmente las palabras nacidas del momento, la acuñación de ese radiante adjetivo, «cualquierista», o el protagonismo general del sustantivo «burbuja», o esa otra acuñación, «mare nostrum». Las listas de nombres, metonimias de una generación entera, sugieren esa autobiografía de talla única, tomada de la calle, de la lengua, de lo que se dice, o de lo que se decía entonces y quedó en suspenso, pues como oímos en otro de sus estribillos, «un mundo tarda en acabarse mientras otro no termina de empezar».

El motivo mismo del ciclón, una versión arremolinada, intensificada, del Viento de la Historia que sopla en la poesía de Shelley y en los románticos retratos del despeinado Napoleón, contiene y organiza las varias direcciones a las que apunta cada pedazo verbal, generando al mismo tiempo un abismal torbellino de órdenes metafóricos que cada lectura revela en proliferación. Los fragmentos, casi nunca «trabajados», sino toscos, rotos, genuinos *objets trouvés* succionados por el vendaval, colisionan y se funden, pero no al azar, sino en muy deliberada cadencia en la que reconocemos el oído atento de alguien avezado en la escucha. O tal vez sí se ha dado la venia al azar en esta o aquella ocasión, cuando lo pedía la pauta de la melodía, o para no empañar la radical literalidad de este *poème vérité*. Como descubrieron nuestros clásicos barrocos al componer fragmentos de romances inexistentes, es en la discontinuidad, en la interrupción y el balbuceo donde reside la fuerza oral de todo poema lírico, lo que alguno llamará hoy «efecto». Y el «efecto lírico» de *Hacia un ruido* es abrumador; domina incluso los momentos en los que el poema se obstina en registrar, al pie de la letra, el peso, el paso mismo de la historia: «antes de que desaparezca nuestro mundo, escribámoslo».

Dice el poema en uno de sus muchos momentos de autofagia metamórfica de lo ya leído, y en mayúsculas, negrita, cuerpo veinte: «**UNA POESÍA TARDA EN ACABARSE MIENTRAS OTRA NO TERMINA DE EMPEZAR**». *Hacia un ruido* es el primer poema de una nueva poesía cuyos textos habrán de seguir su estela y compararse con él. Bienvenida sea esta nueva constelación de la poesía española, al fin contemporánea nuestra, y celebremos que el signo que la anuncia sea tan luminoso cometa.